

Bruselas, 8 de mayo de 2006

Discurso del Presidente en la apertura del Encuentro parlamentario sobre el «futuro de Europa»

Señoras y señores Presidentes,
Señoras y señores Diputados,
Estimados colegas:

Estamos aquí reunidos cerca de 250 diputados en vísperas del Día de Europa, el 9 de mayo, una fecha ya simbólica muy celebrada en algunos países, pero todavía ignorada por otros. Les doy la bienvenida y les agradezco su presencia a esta cita.

En primer lugar debo anunciar que no están entre nosotros los representantes del Senado y de la Cámara de Diputados de Italia, pero les transmito el saludo de sus presidentes, señores Bertinotti y Marini que nos han explicado su ausencia por la elección del Presidente de la República y reafirman su apoyo al Tratado Constitucional.

Si nos hemos reunido aquí es precisamente porque el Tratado de Niza parecía insuficiente desde el día siguiente de su firma. Es bueno no olvidarlo.

La Declaración de Laeken nos invitaba ya en el año 2001 a construir una Europa más eficaz, más democrática y más transparente. Esto es, una Europa que respondiera mejor a las expectativas de sus ciudadanos.

En su resolución del pasado mes de enero sobre el actual periodo de reflexión, el Parlamento Europeo reafirmó que el "Tratado de Niza no constituye una base con perspectivas de futuro para la continuación del proceso de integración europea"

Es cierto que una mayoría de Estados miembros ha ratificado el proyecto de Constitución elaborado a partir del proceso iniciado en Laeken. Y mañana, Día de Europa, sin duda la ratificará Estonia; y pronto le tocará el turno a su vez a Finlandia durante el período de su presidencia en el segundo semestre de este año.

Pero Europa se pregunta hoy, como consecuencia de los votos negativos emitidos por Francia y los Países Bajos, cuál es el camino para salir de esa situación.

¿Entrará en vigor esta Constitución?

¿Es necesario reformular algunas de sus partes?

¿Debería llamarse de otra forma?

Hay quien se pregunta, ¿Sería mejor abandonarla?

Todos nos interrogamos, ¿Qué errores cometimos?

Y ¿De qué forma podría reconciliarse a los pueblos de Europa con este proyecto?

Nos hemos planteado todas estas cuestiones mil veces, en todas las variantes posibles, en todos los debates iniciados por la Comisión, por los Estados miembros y también por todos nosotros, diputados nacionales y europeos.

Pero no es fácil dar respuestas a esas cuestiones, ni tampoco hacerse oír en un contexto de inquietud. La globalización infunde temor. La competencia internacional es dura. Los sistemas de protección social se ven amenazados. La inmigración y el envejecimiento de la población nos sitúan ante retos enormes. La energía se encarece y el abastecimiento es más arriesgado. Cerca de nosotros hay regiones que muestran una inestabilidad peligrosa. Y la amenaza terrorista está hoy mucho más presente que cuando se firmó el Tratado de Niza...

El Parlamento Europeo respaldó el proyecto de Tratado Constitucional por gran mayoría. Pero hemos sido incapaces de conseguir que se comprendan los fundamentos que lo justifican. La Unión se orienta hoy sobre todo hacia el desarrollo de políticas sectoriales. Parece como si no teniendo una idea de proyecto de conjunto para Europa, nos contentáramos con la "Europa de los proyectos". Pero, no olvidemos que para elaborar y aplicar buenas políticas se necesitan buenas instituciones.

Señoras y señores Diputados:

Me complace que podamos debatir con ustedes, a lo largo de estas dos jornadas, sobre las cuestiones fundamentales relativas al futuro de Europa.

Me congratulo de la eficaz preparación desarrollada de forma conjunta con el Parlamento austriaco, y en especial con su Presidente, Andreas KHOL, que comparte conmigo la presidencia de este encuentro. Les felicito asimismo por el altísimo nivel de representación de todas las delegaciones, y quiero saludar especialmente la presencia de varios Presidentes de Parlamentos nacionales.

Este encuentro interparlamentario se celebre entre unas paredes en las que resuenan todavía los ecos de los debates de la Convención. Y aquí reconozco entre ustedes a algunos miembros de la Convención con los que tuve el placer de trabajar, codo con codo, durante dieciséis meses.

En aquellos momentos yo era diputado nacional. Ahora soy diputado europeo. Esa doble perspectiva me permite afirmar aquí, con convicción, que nuestras acciones se complementan y que nuestra cooperación y nuestro diálogo pueden ser muy fructíferos, como ya lo fueron durante el tiempo de la Convención.

Pero reconozcamos que cuando concluimos los trabajos de la Convención, no podíamos imaginar que nuestro proyecto tropezaría con tantas dificultades, o al menos no podíamos imaginar de donde podrían venir. Tal vez infravaloramos el malestar de nuestros conciudadanos. Tal vez nuestro esfuerzo por integrar a la sociedad civil y a la juventud europea en nuestros trabajos no fue suficiente. Tal vez algunos se sientan tentados hoy por el desaliento y por la duda acerca del papel que corresponde a la representación parlamentaria en nuestras democracias.

Pero nos encontramos aquí para reactivar la construcción europea, con el fin de devolver la confianza a los ciudadanos.

Para ello permítanme recordar las memorias de Paul-Henri Spaak, cuyo título resulta hoy tan evocador —Combates inacabados— donde, explica la difícil elaboración del Tratado de Roma: «Cada vez que se presentaban dificultades —escribe—. extraíamos

de nuestras convicciones la imaginación necesaria para superarlas.»

Los tiempos han cambiado desde entonces. «En su mayor parte, —continúa Paul-Henri Spaak— la opinión pública no era hostil; era sólo indiferente. Fue la obra de una minoría que sabía lo que quería.»

Y tenía razón... para su tiempo. Pero los tiempos han cambiado, Europa se hizo entonces entre dirigentes, con el consenso blando de los ciudadanos. Pero hoy eso ya no es posible; ni sería tolerable que la construcción de Europa siguiera siendo el resultado de una pequeña minoría ilustrada que sabe muy bien lo que quiere.

Por tanto, está bien que el método de la Convención —en la que los diputados representábamos la mayoría— sustituyera al método de los cónclaves diplomáticos y a las negociaciones entre gobiernos a puerta cerrada. Pero, ¿era esto suficiente para conseguir la adhesión popular? Es evidente que no.

Y por eso ahora tenemos que seguir trabajando para seguir adelante.

La pregunta hoy es si nuestros pueblos comparten las suficientes convicciones para definir objetivos comunes, y si nuestros gobiernos tienen suficiente imaginación para alcanzarlos?

A ello hemos dedicado casi un año, en un período llamado «de reflexión». Cierto que es necesario reflexionar y, sin duda, escuchar; pero también es necesario acabar proponiendo. Después de la reflexión y el debate deben venir las propuestas.

Señoras y señores Diputados:

Sería un gran éxito si nuestra conferencia interparlamentaria marcara una nueva etapa, un nuevo período: un período de propuestas.

Nuestro temor es que este «período de reflexión» se eternice. El mundo no se va a parar para esperarnos. Nuestra Unión se ha ampliado, pero se encuentra limitada en el estrecho marco del Tratado de Niza. ¿Cuánto tiempo podremos seguir así en un mundo que cambia cada vez más deprisa?

Espero que los cuatro grupos de trabajo que hemos constituido abordarán una serie de aspectos fundamentales de la vida de la Unión, y mañana debatiremos sobre sus resultados. Los temas escogidos se encuentran, a mi modo de ver, en el centro mismo del proyecto europeo, y en las preocupaciones de sus ciudadanos:

- La Unión Europea en el mundo y las fronteras de la Unión;
- La globalización y el modelo económico y social europeo;
- La libertad, la seguridad y la justicia;
- Los futuros recursos de la Unión.

Estimados colegas:

Es innegable que estas cuestiones dividen hoy a nuestros Gobiernos, y a nosotros mismos. Reflexionemos sobre ellas.

Estos temas están estrechamente vinculados entre sí. No es posible hablar del modelo económico y social en Europa sin conectarlo con la globalización, o con la manera de financiar en el futuro nuestra Unión o con nuestro papel en el mundo.

Los países de la zona del euro tienen una política monetaria. El Euro es tangible para los ciudadanos. Pero la Unión Económica y Monetaria no podrá aguantar mucho tiempo con sólo el pilar monetario si no consigue lograr una mayor coordinación económica. La competencia entre las empresas se exagera y se convierte a veces en competencia entre diferentes modelos de sociedad. Y el avance del mercado interior genera reacciones defensivas en los gobiernos.

Tenemos que invertir los términos del debate: demostrar que Europa no es el problema, sino una parte de la solución.

Al mismo tiempo, el presupuesto europeo se mide con lupa, con planteamientos estrictamente nacionales. No se puede seguir debatiendo con los saldos netos como el único criterio y la unanimidad como el único método de decisión. De lo contrario, en lugar de definir el interés general, no conseguimos más que un equilibrio mediocre entre intereses estrictamente nacionales.

Señoras y señores Diputados:

Quiero rendir homenaje al Canciller Schüssel cuando planteó al inicio de la Presidencia austriaca: «Si no empezamos a hablar de los recursos propios, —cito las palabras del Canciller— no nos será ya posible ponernos de acuerdo sobre las Perspectivas Financieras después de 2014. »

Y si no contamos con instituciones adecuadas, corremos el riesgo de que cuantos más seamos, más débiles nos haga y que la dimensión nos paralice, en lugar de aumentar nuestra influencia.

Y esto nos conduce a la cuestión de las fronteras de Europa, una cuestión que no admite respuestas simplistas.

Para muchos ciudadanos europeos, la carrera a una ampliación sin límites no tiene ya mucho sentido. Muchos ven en ella más que una Europa cada vez más grande, una unión con objetivos cada vez más vagos y difusos. De eso también deberemos hablar con responsabilidad y franqueza durante estas jornadas.

Permítanme recordarles que, en su Resolución sobre el «período de reflexión», el Parlamento Europeo destacó «que no es posible seguir ampliando la Unión, después de la adhesión de Bulgaria y Rumania, sobre la base del Tratado de Niza». Una razón más para superar este Tratado.

Libertad, seguridad, justicia: he aquí otro ámbito en el que los principales retos —como el que representan las migraciones— tampoco van a esperar. Siete años después del Consejo de Tampere, esperamos todavía la política común de inmigración, tantas veces declarada. Esperemos que no vaya a suceder lo mismo con el enfoque común que empieza a perfilarse en el sector de la energía.

Señoras y señores Diputados:

Desearía que hoy también nosotros —como Spaak y su generación en otros tiempos— fuéramos capaces de extraer «de nuestras convicciones la imaginación necesaria» para reactivar el proyecto europeo; y que nuestras reflexiones de hoy y mañana sirvan de estímulo al próximo Consejo Europeo de junio para desbloquear el debate.

Espero que el debate y el diálogo entre nosotros sigan después de nuestra Conferencia. Huelga decir que no tenemos la pretensión de definir soluciones o propuestas comunes. No sería realista hacerlo en un sólo día.

Pero el solo hecho de que los diputados nacionales y los diputados europeos reflexionemos juntos sobre el futuro de Europa en un espíritu de colaboración, representa ya un símbolo y una promesa clara de futuro.

Cedo ahora la palabra al Sr. Andreas Khol, Presidente del Parlamento austriaco, que ejercerá conmigo la presidencia conjunta a lo largo de estas dos jornadas.

Y nos deseo a todos un fructífero trabajo.

Muchas gracias.